

La espina en la carne¹

valeria flores

Escribir produce ansiedad. Mirarme por dentro a mí misma y a mi experiencia, mirar mis conflictos, genera ansiedad en mí. Ser una escritora se siente muy parecido a ser una Chicana, o ser queer – mucha agitación, darse contra toda suerte de muros. O su opuesto: nada definido o definitivo, un estado de limbo ilimitado y flotante donde aguardo, me aquieto, me filtro, hiberno y espero que algo suceda.

Vivir en un estado de inquietud psíquica, en una Frontera, es lo que hace escribir a los poetas y crear a los artistas. Es como una espina de cactus metida en la carne. Se siente más y más profunda, y sigo empujándola al hurgar en ella. Cuando todo comienza a infectarse tengo que hacer algo para terminar con el dolor y para entender por qué lo tengo. Entro profundo en el lugar donde está enraizada en mi piel y aprieto, tocándola como un instrumento musical – los dedos presionan, agudizando el dolor en vez de mejorar. Entonces sale. No más molestias, no más ambivalencia. Hasta que otra aguja penetra la piel. Eso es la escritura para mí, un ciclo eterno de empeorar, mejorar, pero siempre sacando un significado a la experiencia, sea cual sea².

Así piensa la tarea de escribir Gloria Anzaldúa, una de las tantas maneras en las que la representa. Entonces es la espina en mi carne la que me aúna a su llamado, a esa cita a doler, a gozar de esa fiesta íntima y política de hacer sangrar el lenguaje. Escribir como molestia hace huella de un oficio del extrañamiento, de la tarea de profanación de una jaula. Pero ¿cuándo se vuelve jaula el cuerpo? ¿cómo enjaulan los modos de inteligibilidad de los cuerpos? ¿es la teoría una jaula? ¿se convierte el lenguaje de la

¹ Texto leído en las Jornadas Sexualidades Doctas. “Cuerpos en la mira”. Mesa: Expresiones estéticas y representaciones. Grupo de investigación “Haciendo cuerpos. Biopolítica y gestión de vidas humanas”. Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba - 6 y 7 de junio del 2013.

² Anzaldúa, Gloria (1987) *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books. Cap. 6: *Tlilli, Tlapalli*. El camino de la tinta roja y negra. Traducción: Gabriela Herczeg

teoría en una jaula? ¿cuándo esa tecnología de inscripción y representación que es la escritura se vuelve jaula?

Preguntas que ponen en la mira al lenguaje, el cuerpo, la representación y el poder, y que seguirán empujando su imposibilidad de ser contestadas de manera definitiva, universal, unívoca. Políticas textuales, políticas corporales, políticas de representación –o contrarepresentación- punzan la carne del lenguaje. Pensar la palabra como territorio de intervención política y creación poética. Esa ha sido una de las derivas de mi activismo. Sentir la espina en la carne, faena de una sensibilidad política. Carne organizada según ideales de regulación heteronormativa, de género, de raza, de estándar de normalidad funcional, espinas que entierran y diseminan su violencia.

La escritura es un dispositivo estético en cuyo escenario se libran batallas sobre el mundo sensible y sus modos de (in)inteligibilidad. Toda práctica escritural acuña una experiencia estética, al poner en juego maneras de dividir y compartir lo sensible y lo inteligible³. La estética como “fábrica de lo sensible”⁴ compone un régimen de sensibilidad que remite a la articulación entre las modalidades de hacer, las formas de visibilidad de esas maneras y los modos de volver pensables sus relaciones. Así, toda propuesta estética comprende una organización del conocimiento que vuelve disponible lo pensable, que cita modos del sentir e induce formas de subjetividad política.

Si la heterosexualidad es el lenguaje, como pregonaba agudamente Wittig, y el género está en todas partes, como asume Butler, siendo sencillamente una voz, una manera de escribir, una manera de mantenerse en silencio o de no aparecer, entonces, se tratará de volvernos sensibles a la espina en el cuerpo del lenguaje, en la política del texto, y no tan sólo en el texto de la política. Para ello, el escribir se torna un asunto de fronteras, porque supone un cruce de límites, un internarse en los abismos de los fragmentos que somos, en lo otro de nuestro yo que se deroga o se despliega, incluso violentamente, hasta disolvernó. Por eso, la escritura no son las condiciones del refugio, sino más bien del encuentro con las devastaciones de una guerra en la que apenas se movieron los labios. “Más vale desertar de lo expresable (que nos exilia de nosotros mismos) y

³ Graciela Frigerio y Gabriela Diker, en *Educación: (sobre)impresiones estéticas*, Frigerio y Diker (comps.) del estante ed., 2007, Bs As. Pág. 10

⁴ Expresión utilizada por Rancière en “Estética y política”.

después quedarse a la intemperie”⁵. Así, con la lentitud de una vigilancia y la extrema rapidez de un destello, una política escritural inventa un punto de vista, una manera singular de ligar las palabras, los gestos y la vida.

Nos movemos en un mundo en el que, progresivamente, la poética del lenguaje resulta despolitizada. El lenguaje se vuelve estandarizado y uniformado bajo un registro normativo en el que la palabra deja de ser teatro o acontecimiento para volverse simple moneda de intercambio práctico carente de todo brillo, fulgor o dramaticidad. Las palabras, disecadas y vueltas meros tránsitos “naturales” por las superficies discursivas, se descargan y aligeran sus sentidos y efectos políticos capaces de afectación. El lenguaje se reduce así a la administración de lo real en su dimensión más constreñidamente adaptativa, conciliando lógicas, hablas y horizontes tecno-instrumentales en una cultura hegemónicamente visual, donde todo aparece como vacuamente decible y transparentable. La homogeneidad discursiva se despliega en la lisura de la letra, una letra sin rugosidad, siempre legible y trasparente, que no ofrece a la lectura ninguna vacilación, no prolifera, que insiste en ser unívoca, sin variaciones, que aparece y desaparece sin conflictividades⁶. Como una espina extirpada para suturar el dolor, un modo de gestión de la amnesia social, de la anestesia política, de la narcosis afectiva. De esta operatoria de supresión, también participa un cierto feminismo esclerotizado en lenguajes traslúcidos, de tecnicismos y estados y ongs, promoviendo la hostilidad hacia la improvisación, la ambivalencia, lo paradójico, lo impensado, los desenlaces inciertos.

Pensar la palabra como territorio político es practicar la crítica de la uniformidad de las hablas meramente notificantes de los medios masivos de comunicación y la tiranía instrumental de “un saber práctico que censura los pliegues autorreflexivos de la escritura en cuya reserva se trama la relación entre sujeto, lengua y malestar crítico”⁷. Las palabras son relaciones, ilusiones de las que se ha olvidado esta condición, porque en su endurecimiento y petrificación funcionan como engranaje del compromiso tácito por mantener un orden y una jerarquía social. Las palabras son archivos políticos de normas y resistencias, que albergan cuerpos y deseos, identidades y prácticas, o más

⁵ María Negroni, prólogo a *La morada imposible*. Susana Thénon. Pág. 13

⁶ Idem. Pág.80

⁷ En *Residuos y metáforas*. Nelly Richard. Pág. 16

aún, que los expulsan y destierran. Las palabras operan como catálogos de posibilidades de existencia, nos señala Haraway. Por lo tanto, ¿qué subversiones acometer contra las axiomáticas del poder como lenguaje que canonizan ciertos modos de leer, ciertos modos de escribir, ciertos modos de vida, ciertos cuerpos como legibles, ciertas vidas como vivibles?

La irrupción de lo impensado, la agitación de algún elemento acallado u omitido, la práctica del errar, del vagar y de equivocarse, invalida las herramientas mentales elaboradas en función de una estabilidad. Un acontecer que hace de la imprevisibilidad una amenaza bienvenida. Sin embargo, los regímenes de decibilidad de los cuerpos y de los textos exigen lecturas consumibles, digeribles, purgantes, que no supongan interferencias ni incomodidades ni dificultades. Una escritura disciplinada en la funcionalidad y la utilidad, todo aquello que el lenguaje de la poesía insiste en hacer fracasar⁸, advertía Sarduy.

En esta atmósfera social ajustada al imperativo de que toda escritura “sea entendible”, siempre aparece la distinción entre los lenguajes que serían “más reales” y otros “más ficcionales”, siendo los primeros los que regulan la legitimidad de la verdad. Hay intentos en la teoría feminista crítica contemporánea y de la disidencia sexual de experimentar, cada vez más, re-escrituras de las sexualidades, reinenciones creativas e interconexiones rebeldes que transgredan el imaginario de un cuerpo natural, esencializado y heterosexual. Estas narrativas ficcionales o “irreales” estarían saturadas de metáforas y lecturas alternativas. De este modo, este feminismo minoritario⁹ que desea hablar una lengua “otra”, distinta del lenguaje legal y dominante, busca denunciar la exclusión de las vidas minorizadas en los discursos que se auto-designan como lo “real”. Un feminismo de la experimentación poético-política cuyas narrativas son críticas de la inercia de los discursos de género, permeables a las contingencias y localizaciones desde donde se nombra, abriendo una línea de fuga en los imaginarios militantes.

La espina arremete la opacidad que necesita ser dicha y aunque su molestia es diurna, lleva la noche entre los dientes. En su jerga del temblor, el lenguaje tropieza y desune.

⁸ Severo Sarduy.

⁹ Texto de presentación del panel “Feminismosaturado: narrativas ficcionales y tecnologías de género”, del Tercer Circuito Disidencia Sexual “No hay Respeto”, organizado por la Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS), junio del 2011- Santiago de Chile.

Escribir es infiltrar un susurro indescifrable en el reverso de la lengua, escarbando entre los humores de las palabras para jugar con su vocación dubitativa e incierta. Bajo el pulso de una contestación incesante, la escritura se rompe bajo formas múltiples y esparce sus esquirlas de extravíos y desvíos. Un trabajo de insistencia, pasión y curiosidad en las entrelíneas, que abdica de la aceleración verborrágica de rematar, porque sabe que siempre hay un resto.

No basta con hablar de los temas lgttbi-queer y sobre los cuerpos abyectos sin desactivar y descomponer sus herramientas, sin un uso disolvente de las palabras, si la sintaxis y la semántica normativas no se subvierten. Remover la espina en la carne supone poner bajo sospecha nuestros lenguajes, hacer de la escritura un laboratorio de experimentación performativa. Ya lo decía Wittig, destruir el género en el lenguaje, o al menos modificar su uso, era un asunto neurálgico de su obra como escritora.

Reventar las costuras del género asignado a través de la escritura es abrirse a un espacio herido en el que no siempre se quiere entrar, rasguñando los intersticios de la representación, para encontrar un hueco de impugnación tácita, de entredicho sumergido, de desgano inminente. Deleuze (1996), citando a Proust, afirmaba que quien escribe “inventa dentro de la lengua una lengua nueva, una lengua extranjera en cierta medida. Extrae nuevas estructuras gramaticales o sintácticas. Saca a la lengua de los caminos trillados, la hace delirar. Pero asimismo el problema de escribir tampoco es separable de un problema de ver y de oír...”. ¿No es acaso la escritura una tecnología de visualización diferida? Escribir es un ejercicio de construcción de pensamiento y organización de significados, que produce estéticas representacionales de la mirada heteronormativa, concurriendo –o no- a las prácticas de control, vigilancia y gestión de nuestros placeres y perfoances sexuales. Por eso, empuñarla como tecnología de visibilidad y representación localizada en la tensión de lo estético, lo político y lo teórico para la desorganización del orden visual/escritural de los cuerpos y de los “entre” cuerpos, es una maniobra de resistencia a la (hetero)normalización de lo sensible. Hacer reverberar la espina en la carne.

Los montajes y desmontajes ficcionales operan como fuerza disgregante de los paradigmas hegemónicos y sus dispositivos de captura que hacen invivibles muchos de nuestros cuerpos. La conmoción epistemológica está dada por una escritura no cancelatoria, que no anule las fluctuaciones contingentes de la existencia, que no ilustre el compromiso con la realidad, sino que construya artificios discursivos para abrir

resquicios en las entrelíneas del poder, para así movilizarnos a aprender y practicar un sinnúmero de formas discursivas y habilidades culturales que nos habiliten el acceso a una variedad inconmensurable de relaciones y experiencias. Desmenuzar las filas de la normatividad y su representacionalidad ortodoxa implica auscultar las zigzagueantes fugas de los imaginarios y desplegar una crítica a la monumentalidad heroica de las verdades mayúsculas. Para decolonizar nuestras mentes y nuestra imaginación es crucial la producción de narrativas contrahegemónicas, insiste bell hooks. Por eso, cambiar los relatos no es un simple ejercicio literario, sino que se convierte en una intervención creativa en términos de proyecto de conocimiento, de sensibilidad política y de compromiso ético.

La escritura, esa que se mete en el cuerpo, la espina que hace cuerpo, deviene una mesa de operaciones privilegiada para intervenir la anatomía de los significados sexopolíticos de la corporalidad, y es vital en la lucha cultural contra el menú conformista y pasivizante de las indiferentes diferencias que promueve el pluralismo institucional y de mercado. La lucha por mejores condiciones de vida para aquellas poblaciones estigmatizadas, criminalizadas y patologizadas en las cuadrículas del poder estatal, no puede quedar desanudada de la confección de nuevos imaginarios y ficciones, porque es en el proceso de inscripción sobre la materialidad de nuestra carne donde las batallas por el gobierno de las palabras tienen lugar.

Ante un escenario signado por la predominancia de la imagen y por los ritualismos expresivos de la sensibilidad ortodoxa del arte y la cultura militante lgttbb y feminista, se trata de no abandonar el lenguaje como escenario de revuelta, como zona de disturbios, que conflictúe la racionalidad unívoca y el discurso instrumental de la política. Romper el calce identificador con representaciones de identidad preestructuradas, lleva la relación estética entre subjetividad y lenguaje a planos de discontinuidad y de ruptura crítica del supuesto naturalista que plantea un sentido anterior a los recursos técnicos de su modelaje expresivo.

Para cierta sensibilidad del activismo militante, el arte, incluida la escritura, debe primeramente satisfacer un testimonialismo del rechazo y de la denuncia; es decir, cumplir con la función protestataria de una “narración de urgencia” cuyo sujeto hable vivencialmente desde zonas de exclusión y represión sociales, convertidas en depositarias de una verdad ético-simbólica que contiene la memoria del sufrimiento comunitario. Esta suerte de realismo de la contingencia impone un esquema de

relaciones escritura-política administrado por un fuerte carácter utilitario, alentando el monólogo estético-político de las tradiciones consagradas. De este modo, se privilegian las manifestaciones de mayor alcance comunitario desde la perspectiva de una lengua de lo popular, rechazando, invisibilizando y desconfiando de toda franja refractaria de sentido que bordea las prácticas insurgentes y desafiantes de las economías burocrático-institucionales de la razón política.

El pragmatismo de las ortodoxias militantes con su discurso burocrático-administrativo que sostiene hoy el activismo institucionalizado, suele medir las expresiones estéticas bajo parámetros utilitarios, por su capacidad de generar modificaciones inmediatas y verificables. Esto provoca la ininteligibilidad de otras propuestas estéticas, rebeldes a los anclajes y fijeza referenciales, con posturas enunciativas que interrogan y alborotan la programaticidad de sus acomodos, perturbando la racionalidad uniformante de sus interpretaciones.

Sin embargo, las travesías de los imaginarios del deseo siempre son desbordadas por los flujos de intensidad que liberan una pulsión contestataria, que violenta las marcas de cierre de los formatos establecidos, que potencian su posicionalidad limítrofe en el mapa contra-oficial, ajena a toda fantasía neorromántica de una externalidad al poder, y que expresa en gestos minúsculos y enérgicos su negativa a ser parte de la lógica integradora del sistema de obediencia. "Sueño una libertad que cabe en el hueco de una mano de niño: la de no rendir cuentas", escribía la poeta Susana Thénon, removiendo la espina en la carne de la poesía y que hoy es memoria de la insumisión.

En la cita estética de la escritura como ese "ciclo eterno de mejorar y empeorar" acontece el descentramiento del sujeto, el estallido de los sistemas de seguridad de las palabras y una conflictividad que pugna por dar nuevos significados a la experiencia. Subvertir el alfabeto del poder y sus jaulas de lenguaje que gobiernan nuestros cuerpos no es una política de paz ni de inclusión, es un apremiante acto de violencia, de dotar a la espina en la carne de ese ardor, fuerza y energía de las amantes de Wittig y Zeing¹⁰, sin temor a ser, como dice Clarice Lispector, "próxima y tierna, pero también distante, feroz y muy cruel".

¹⁰ *Violencia*: El ardor, la energía, la fuerza manifestadas por las Amazonas de todas las edades. Las madres sintieron la necesidad un día de distorsionar esta palabra que conservó para siempre un sentido de agresividad. De este modo, violencia y destrucción se volvieron sinónimos. Las Amazonas entonces fueron llamadas las Violentas a través de los siglos y se alegraron de ello. En "Borrador para un diccionario de las amantes", Monique Wittig y Sande Zeig (1975). Pág. 202

Bibliografía

Anzaldúa, Gloria (1987) *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books, 1987. Traducción: Gabriela Herczeg

Butler, Judith (2010) De literatura, mitos y estrellas. Entrevista de Patricia Soley Beltrán. *Minerva*. IV época, n. 13 ; pp. 43-46

flores, valeria (2013) *Prácticas pedagógicas e imaginarios estéticos: políticas de (hetero)normalización de lo sensible – inédito*.

flores, valeria (2011) "Industrias del cuerpo". Ficciones feministas, fábulas epistemológicas y políticas del desacato - Texto presentado en el panel "Feminismosaturado: narrativas ficcionales y tecnologías de género", del Tercer Circuito Disidencia Sexual "No hay Respeto", organizado por la Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS), junio del 2011- Santiago de Chile

Richard, Nelly (1996) *Feminismo, experiencia y representación*. Revista Iberoamericana. Vol. LXII, Niums. 176-177, Julio-Diciembre 1996; 733-744.

Richard, Nelly (1991) *El signo heterodoxo*. Nueva Sociedad nro.116 noviembre- diciembre 1991, PP. 102-111

Richard, Nelly (1998) *Residuos y metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Santiago: Cuarto propio.

Soto, Marcelo (2005) "Literatura queer: Esa lección olvidada de Barrio Sésamo", en Córdoba, D. Sáez, J. y Vidarte, P. (ed.) (2005) *Teoría Queer. Políticas bolleras, Maricas, Trans, Mestizas*. Barcelona: Egales. Editorial Gai y Lesbiana.